



Ahora no ponen ni un pie en Cuba

| Francisco Rodríguez Cruz
| fotos: René Pérez Massola

“Hasta aquí llegaron, sí, y creo que avanzaron demasiado. Si es ahora, no ponen ni un pie en Cuba”, expresó Caridad Cruz, en nombre de sus “compañeros de aula”, frente a la valla que hoy marca el punto más avanzado de la Isla hasta el que penetraron los mercenarios en su frustrada invasión de 1961, ubicado exactamente en la comunidad de Pálpite, en la Ciénaga de Zapata.

Le acompañaban también Ofelia, Modesta, Flora, Fidelina, Luis, nombres “de antes” y cubanos de hoy. No estaban en sus casas, arrinconados en una esquina o tomando el sol en el portal. Son alumnos de la Universidad del Adulto Mayor, que funciona cada viernes en la sala de video o en la modesta biblioteca del pequeño poblado, uno de los 17 que conforman ese municipio matancero, el de menos habitantes y mayor extensión del país.

Son poco más de una veintena de estudiantes, aunque hay bastantes “rebajados” de clases, porque por allá anda también la “Operación Milagro”, y luego de una pesquiza rigurosa por todo el territorio, cientos de personas que lo necesitaban están siendo intervenidos de la vista.

Concluyeron ya su curso regular y van por el tercer postgrado, que imparte el profesor Joaquín Figueroa, de la Sede Universitaria Municipal de Cultura Física. En sus encuentros utilizan técnicas de aprendizaje como el “poema colectivo”; el “puro cuento”, para debatir temas de importancia; la “lluvia de ideas”, en la solución de problemas; o las “palabras clave, para sintetizar conceptos.

Tienen himno y bandera propios; aprenden sobre las enfermedades de transmisión sexual y los daños que provocan las adicciones a las drogas y el alcohol, para poder discutir con los más jóvenes; y son activistas destacados en la lucha por la liberación de los Cinco Héroes cubanos presos en Estados Unidos, cuyas biografías y alegatos estudian.

Tienden a hablar en versos y no pueden evitar las metáforas apasionadas, en su afán por explicar los contrastes de dos épocas en la Ciénaga de Zapata: “La Revolución fue un rayo de luz”, “el alba para todos”, “la gloria”, “un despertar”, “como si hubiera una tormenta y escampara”, dijeron.

En la Ciénaga nací / sin almohadas ni colchones / sin butacas ni sillones / en ese medio crecí.

“La niña en este retrato era mi hermana María Cristina. A los dos años murió de sarampión, una enfermedad completamente evitable. Cuando ya estaba muy mal, en el poblado hicieron una colecta para llevarla a un hospital de Cienfuegos. Allí falleció y mi mamá estuvo junto al cadáver hasta que un amigo le prestó cinco pesos para poder enterrarla”, relató Caridad, quien comparó el hecho con una urgencia médica de hacía solo unos días, cuando la nueva ambulancia del SIUM transportó y así se salvó a una niña en Pálpite.

Caridad nació en 1944, gracias a una anciana partera que los necesitados llevaban en un caballo, a cualquier punto intrincado de la Ciénaga. Su “canastilla”, como la de tantos niños del lugar, la confeccionaron con los lienzos de Pedro, el Moro, un vendedor ambulante. “Fui la mayor de 12 hermanos, y tuve que ayudar a papá como pescador



El punto hasta el cual penetraron los mercenarios en su frustrada invasión de 1961, en Pálpite, Ciénaga de Zapata. A la izquierda, el profesor Joaquín, junto a parte del grupo de estudiantes de la Universidad del Adulto Mayor.

ra de langosta y en los hornos de carbón”.

Todo era para mí / miseria y necesidad. / Pienso solo en la bondad / de mis queridos hermanos / y mis padres, dos cubanos / que ansiaban la libertad.

A Flora Cobas, luego de ocho décadas de vida, le duele todavía recordar su infancia: “Mi padre era carbonero; y mi madre, ama de casa. A él le gustaba la justicia, y no la pudo ver, porque murió en el 54. Yo tenía 12 años y nunca me había puesto un par de zapatos”.

“Casi muero de alegría cuando vi por primera vez un bombillo eléctrico”, la interrumpió Caridad. Y añadió Fidelina Rodríguez: “Nos vestíamos con ropas hechas de sacos de harina pintadas con bijol. Cuando alguien enfermaba lo curaban con lo que pudieran. Los hombres trabajaban en el monte y ni soñar en empleo para las mujeres”.

“Ahora toda mi familia tiene casas de placa”, apuntó Flora, para quien los antiguos “ranchos” de tabla y guano ya son una lejana visión, en uno de los municipios rurales cubanos que presenta mejor estado en su fondo habitacional, luego del esfuerzo en la construcción de nuevas viviendas que el Estado hizo allí, con posterioridad al devastador huracán Michelle, en el 2001.

Llegó la Revolución / y todo se iluminó / toda mi vida cambió / se acabó la explotación. / La salud, la educación / las tiendas, la carretera. / Y como si poco fuera / nos dio la electricidad / trabajar con dignidad / y viajar por Cuba entera.

“Parece increíble, pero ya en 1961, dos años después del triunfo, teníamos la carretera”, apuntó Caridad.

“Yo vine a vivir a la Ciénaga al mes de la invasión —contó Ofelia Hernández—. Estaban limpiando montes. Con los años tuvimos escuela, médicos, luz, teléfono. Ahora hasta cocinamos con electricidad. Aquí mismo, en Pálpite, está la Casa del Poeta, un comedor para los ancianos y también tendremos pronto un local para el adulto mayor”.

Luis Martínez llegó mucho después, en 1971, como inspector de Educación “y todavía aquí no había casi nada —afirmó—; el cambio que he visto en toda la Ciénaga de Zapata podría figurar entre las nuevas ‘siete maravillas’ del mundo”.

La vida, sin embargo, nunca fue fácil allí, aun con el proceso revolucionario. Ofelia, por ejemplo, tuvo ocho hijos. Trabajó en Gastronomía y la Cerámica, al igual que Flora, con cuatro hijas. Modesta Hernández encaminó nueve muchachos, con su empleo en la fábrica de procesamiento de cítricos de Jagüey. Caridad y Fidelina, por su parte, laboraron durante décadas respectivamente como empleada de servicios en las escuelas en el campo, como operaria de una fábrica de escobas y un taller de corte y costura.

Lo que no pudieron ellas, lo hicieron y hacen hoy sus hijos, nietos, biznietos. Médicos internacionalistas, combatientes en Angola, graduados universitarios, dirigentes en el territorio, todos tienen a alguien por quien sentir un sano orgullo.

Aquí está lo que más quiero / y si vuelve una invasión / vamos a decir presente / con nuestro Fidel al frente / igual que en Playa Girón.

“Al comenzar la invasión tuvimos que irnos al monte en medio de la noche, y al aclarar, los milicianos nos evacuaron —explicó Flora—. Desde el camión veíamos pasar los aviones. Nosotros pensábamos que eran los cubanos, pero en realidad eran los mercenarios”.

Caridad estaba embarazada en aquel entonces. Permaneció en Soplillar, comunidad cenaguera donde vivía con su familia. “Luego supimos que a los camiones con los civiles los tirotearon en la carretera. Así murió la mamá de Nemesia”, dijo al recordar a la niña que inspiró el célebre poema del Indio Naborí.

Pero lo que más la impresionó fue su contacto directo con un grupo de mercenarios, ya prisioneros, a quienes les hizo café por indicación de los soldados revolucionarios que los custodiaban. “Me dijeron que no les hablara, pero no hizo falta la advertencia, porque ellos tenían las cabezas bajas, con la derrota marcada en el rostro”.

Y recalzó: “El pasado no podrá volver jamás. Quienes lo sufrimos no lo vamos a permitir, y tampoco las nuevas generaciones, que estoy segura continuarán nuestra obra”.

Nota: Los versos en cursivas son fragmentos de un poema de Sonia Veiga, también integrante de la Universidad del Adulto Mayor en Pálpite.



Caridad Cruz muestra el retrato de su hermana María Cristina, quien a los dos años murió de sarampión.